

el griego ni en el latín, que le significase; porque ni entre griegos ni entre romanos, ni entre alguna nación conocida, se usó en la antigüedad de *estribos* para andar á caballo. Es su invención bastante moderna; ¿por qué no se había de inventar la voz, habiéndose inventado el objeto? ¿No es mejor tener para este efecto una voz simple, de buen sonido y oportuna derivación, como es *stapeda* (à stante pede), que usar de las dos del *Diccionario* de Trevoux, *scamilus epiph-piarius*, ú de la voz *scandula*, que propone también el mismo diccionario, y es muy equívoca; pues en el *Diccionario* de Nebrija se ve, que significa otras dos cosas?

En estos inconvenientes caen los *puristas*, así latinos como castellanos ú de otro cualquier idioma. O carecen de voces para algunos objetos, ó usan de agregados de distintas voces para expresarlos, que es lo mismo, que vestir el idioma de remiendos, por no admitir voces nuevas, ó buscarlas en alguna lengua extranjera. Hacen lo que los pobres soberbios, que más quieren hambrear, que pedir.

Quintiliano, gran maestro en el asunto que tratamos, dice, que él y los demás escritores romanos de su tiempo tomaban de la lengua griega lo que faltaba en la latina, y asimismo los griegos socorrian con la latina la suya: *Confessis quoque græcis utimur verbis, ubi nostra dessunt, sicut illi à nobis nonnumquam mutantur.* (*Institut. Orat.*, lib. 1, cap. v.) ¿Se atreverá vuestra merced ú otro alguno á recusar, en materia de estilo, la autoridad de Quintiliano?

Lo más es, que no sólo de los griegos (que al fin á éstos los veneraban, en algún modo, como maestros suyos) se socorrian los romanos en las faltas de su lengua, mas aún de otras naciones, á quienes miraban como bárbaras. En el mismo Quintiliano se lee, que tomaron las voces *rheda* y *petoritum* de los galos; la voz *mappa*, de los cartagineses; la voz *gurdus*, para significar un hombre *rudo*, de los españoles. Origen español atribuye también Aulo Gelio á la palabra *lancea*. A vista de esto, ¿qué caso se debe hacer de la crítica austeridad de los que condenan la admisión de cualquiera voz forastera en el idioma hispano?

Diránme acaso, y aún pienso que lo dicen, que en otro tiempo era lícito uno ú otro recurso á los idiomas extraños, porque no tenía entónces el español toda la extensión necesaria; pero hoy es superfluo, porque ya tenemos voces para todo. ¿Qué puedo yo decir á esto, sino que alabo la satisfacción? En una clase sola de objetos les mostraré, que nos faltan muchísimas voces. Qué será en el complejo de todas? Digo en una clase sola de objetos; esto es, de los que pertenecen al predicamento de *accion*. Son innumerables las acciones para que no tenemos voces, ni nos ha socorrido con ellas el nuevo diccionario. Pondré uno ú otro ejemplo. No tenemos voces para la *accion de cortar*, para la de *arrojar*, para la de *mezclar*, para la de *desmenuzar*, para la de *excretar*, para la de *ondear el agua* ú otro licor, para la de *excavar*, para la de *arrancar*, etc. ¿Por qué no podré, valiéndome del idioma latino para significar estas acciones, usar de las voces *amputacion*, *proyeccion*, *conmixtion*, *conminucion*, *excrecion*, *undulacion*, *excavacion*, *avulsion*?

Asimismo padecemos bastante escasez de términos abstractos, como conocerá cualquiera, que se ocupe algunos ratos en discurrir en ello. Fáltannos también muchísimos participios. En unos y otros los franceses han sido más pródigos que nosotros, formándolos sobre sus verbos ó buscándolos en el idioma latino. ¿No sería bueno que nosotros los formemos también, ó los traigamos del latín ó del francés? Qué daño nos hará este género peregrino, cuando por él los extranjeros no nos llevan dinero alguno?

Así, aunque tengo por obras importantísimas los diccionarios, el fin, que tal vez se proponen sus autores, de fijar el lenguaje, ni le juzgo útil ni asequible. No útil, porque es cerrar la puerta á muchas voces, cuyo uso nos puede convenir; no asequible, porque apenas hay escritor de pluma algo suelta, que se proponga contenerla dentro de los términos del diccionario. El de la Academia Francesa tuvo á su favor todas las circunstancias imaginables para hacerse respetar de aquella nación. Sin embargo, sólo halla dentro de ella una obediencia muy limitada. Fuera de que, verisísimamente no se hizo hasta ahora para ninguna lengua diccionario, que comprendiese todas las voces autorizadas por el uso. Compuso Ambrosio Calepino un diccionario latino de mucho mayor amplitud, que todos los que le habían precedido. Vino después Conrado Gesnero, que le añadió millares de voces. Aumentóle también Paulo Manucio, y en fin, Juan Paseracio, Lazerda, Chifflet y otros; y después de todo, aún faltan en él muchísimos vocablos, que se hallan en autores latinos muy clásicos.

Luégo que en el párrafo inmediato escribí la voz *asequible*, me ocurrió mirar si la trae el *Diccionario* de nuestra Academia. No la hay en él. Sin embargo, vi usar de ella á castellanos, que escribían y hablaban muy bien. Algunos juzgarán, que *posible* es equivalente suyo, pero está muy lejos de serlo.

Ni es menester, para justificar la introducción de una voz nueva, la falta absoluta de otra que signifique lo mismo: basta que la nueva tenga ó más propiedad ó más hermosura ó más energía. Monsieur de Segrais, de la Academia Francesa, que tradujo la *Eneida* en verso de su idioma nativo, y es la mejor traducción de Virgilio, que pareció hasta ahora, llegando á aquel pasaje, en que el poeta, refiriendo los motivos del enojo de Juno contra los troyanos, señala por uno de ellos el profundo dolor de haber París preferido á su hermosura la de Vénus:

*Manet alta mente repostum
Judicium Paridis, spreteque injuria formæ.*

Trasladó el último hemistiquio de este modo:

Sa beauté méprisée, impardonable injure.

Repararon los críticos en la voz *impardonable*, nueva en el idioma francés; y hubo muchos, que por este capítulo la reprobaban, imponiéndole su inutilidad, respecto de haber en el francés la voz *irremisible*, que significa lo mismo. No obstante lo cual, los más y mejores críticos estuvieron á favor de ella, por conocer, que la voz *impardonable*, colocada allí, exprime con

mucho mayor fuerza la cólera de Juno, y el concepto, que hacia de la gravedad de la ofensa, que la voz *irremisible*. Y ya hoy aquella voz, que inventó monsieur de Segrais, es usada entre los franceses.

Pero es á la verdad para muy pocos el inventar voces ó connaturalizar las extranjeras. Generalmente la elección de aquellas que, colocadas en el período, tienen ó más hermosura ó más energía, pide número especial, el cual no se adquiere con preceptos ó reglas. Es dote puramente natural; y el que no la tuviere, nunca será ni gran orador ni gran poeta. Esta prenda es quien, á mi parecer, constituye la mayor excelencia de la *Eneida*. En virtud de ella, daba Virgilio á la colocación de las voces, cuando era oportuno, aquel gran sonido con que se imprime en el entendimiento ó en la imaginación una idea vivísima del objeto. Tal es aquel pasaje, cuya parte copié arriba:

*Necdum etiam causæ irarum, sævique dolores
Exciderant animo: manet alta mente repostum
Judicium Paridis, spreteque injuria formæ.*

Dentro de pocas voces, ¿qué pintura tan viva, tan hermosa, tan expresiva, tan valiente, de la irritación de la diosa, y de la profunda impresión que había hecho en su ánimo la injuria de anteponer á la suya otra belleza! Donde es bien advertir que el síncope *repostum* es de invención de Virgilio, y no introducido sólo á favor de la libertad poética, sino porque aquella nueva voz, ó nueva modificación de la voz *repositum*, da más fuerza á la expresión.

No sólo dirige el número ó genio particular para la introducción de voces nuevas ó inusitadas, mas también para usar oportunamente de todas las vulgarizadas. Ciertos rígidos Aristarcos generalisimamente quieren excluir del estilo serio todas aquellas locuciones ó voces, que, ó por haberlas introducido la gente baja, ó porque sólo entre ella tienen frecuente uso, han contraído cierta especie de humildad ó sordidez plebeya; y un docto moderno pretende ser la más alta perfección del estilo de don Diego Saavedra, no hallarse jamás en sus escritos alguno de los *vulgarísimos* que hacinó Quevedo en el *Cuento de cuentos*, ni otros semejantes á aquellos. Es muy hermoso y culto ciertamente el estilo de don Diego Saavedra, pero no lo es por eso; antes afirmo que aún podría ser más elocuente y enérgico, aunque tal vez se entrometiesen en él algunos de aquellos *vulgarísimos*.

Quintiliano, voto supremo en la materia, enseña que no hay voz alguna, por humilde que sea, á quien no

se pueda hacer lugar en la oración, exceptuando únicamente las torpes ú obscenas: *Omnibus ferè verbis, præter pauca, quæ sunt parum verecunda, in oratione locus est.* Y poco más abajo, sin la limitación de la partícula *ferè*, repite la misma sentencia: *Omnia verba (exceptis de quibus dixi) sunt alicubi optima, et humilibus interdum, et vulgaribus est opus.* (*Institut. Orat.*, lib. 1, cap. 1.) Y en otra parte pronuncia que á veces la misma humildad de las palabras añade fuerza y energía á lo que se dice: *Vim rebus aliquando, et ipsa verborum humilitas affert.* (Libro viii, capítulo iii.)

Un sugeto por muchas circunstancias ilustre, leyendo en el primer tomo del *Teatro crítico* aquella cláusula primera del discurso, que trata de los cometas: «Es el cometa una fanfarronada del cielo contra los poderosos del mundo,» la celebró como rasgo de especial gala y esplendor. Convendré en que haya sido efecto de su liberalidad el elogio; pero si en la sentencia hay algún mérito para él, todo consiste en el oportuno uso de la voz *fanfarronada*, la cual por sí es de la clase de aquellas que pertenecen al estilo bajo; con todo, tendría mucho menos gracia y energía si dijese: «Es el cometa una vana amenaza del cielo,» etc. Siendo así, que la significación es la misma, y la locución *vana amenaza* nada tiene de humilde ó plebeya. Vea vuestra merced aquí verificada la máxima de Quintiliano: *Vim rebus aliquando, et ipsa verborum humilitas affert.*

De esto digo lo mismo que dije arriba en orden á inventar voces ó domesticar las extranjeras. No pende del estudio ó meditación, si sólo de una especie de número particular, ó llámese imaginación feliz, en orden á esta materia. El que la tiene, aún sin usar de reflexión, sin discurrir, sin pensar en ello, encuentra muchas veces las voces más oportunas para explicarse con viveza ó valentía, ya sean nobles, ya humildes, ya paisanas, ya extranjeras, ya recibidas en el uso, ya formadas de nuevo. El que carece de ella no salga del camino trillado, y mucho menos se meta en dar reglas en materia de estilo. Pero en esto sucede lo que en todas las demás cosas. Condena los primores quien, no sólo no es capaz de ejecutarlos, mas ni aún de percibirlos; que también el discernirlos pide talento, y no muy limitado.

Creo haber dejado á vuestra merced satisfecho sobre el asunto de su carta, y yo lo estaré de que vuestra merced tiene el concepto debido de mi amistad, si me presentáre muchas ocasiones de ejercitar el afecto que le profeso, etc.

ORÍGEN DE LA FÁBULA EN LA HISTORIA.

Señor mío: La estimación que hago de la persona de vuestra merced, me inclina á hacerla de su carta. Sin aquella, no sé lo que fuera de ésta; porque el cargo que usted me hace, no puede ser más desnudo de funda-

mento. Dame vuestra merced en rostro con la máxima, como que yo la haya proferido en el discurso del *Divorcio de la historia y la fábula*, de que ninguna ficción del gentilismo tuvo origen de la historia sagrada,

tratando dicha máxima no ménos que de poco pia. ¡Ay, Dios mio! Allá va el honor del sapientísimo y religiosísimo abad Bianchini, de quien es propia esta máxima, pues siguió y procuró con todas sus fuerzas establecer el sistema de que todas las fábulas gentílicas se fundaron en la historia profana. Pero ¿por qué es poco pia aquella sentencia? Porque quita, dice vuestra merced, una especie de apoyo á la verdad de la historia sagrada. Buena especie de apoyo es ése. Quien no creyere ó dudáre de las verdades históricas de la Escritura, á vista de los firmísimos fundamentos en que estriba su autoridad, ¿los creará por esa débil confirmacion subsidiaria? El que las fábulas gentílicas traen su origen de aquellas verdades, es, cuando más, opinable y dudoso. ¿Cómo una prueba dudosa puede firmar en nadie la creencia de lo que se funda en esa prueba? Mas áun cuando eso fuera cierto, de nada serviría; siendo fácil al impío decir que unas fábulas fueron hijas de otras, ó que se inventaron aquellas para adornos y matices de éstas.

Mas sea enhorabuena poco pia aquella máxima; en ningun modo me intereso en justificarla, pues en ningun modo la he proferido, y así vuestra merced muy falsamente me la imputa. Mi asunto en aquel discurso es impugnar el sistema, que generalmente deriva todas las ficciones gentílicas de la historia sagrada; pero dejando lugar á que algunas de ellas tengan ese origen, como pronuncio claramente al número 43, ¿es esto afirmar que ninguna ficción del gentilismo tuvo origen de la historia sagrada, como vuestra merced me imputa?

Tambien impugno, aunque de paso, el sistema del señor Bianchini, que coloca la maternidad de todas las fábulas en la historia profana, ó por mejor decir, quiere que aquellas sean una representacion misteriosa y enigmática de ésta; cuyo empeño le condujo necesariamente á alusiones tan violentas y absurdas, y áun acaso más que las que he representado tales en el sistema, que todo lo reduce á la historia sagrada. Pongo por ejemplo: pretende que toda la *Iliada* es una verdadera historia, pero alegorizada segun el gusto oriental; que en ella Júpiter es un sucesor del gran conquistador Sesostris, el cual sucesor reinaba en dilatadísimos espacios de tierra al tiempo de la guerra de Troya; que los dioses inferiores representan, ya hombres señalados, ya naciones diferentes; parte de aquellas deidades son príncipes tributarios de dicho sucesor de Sesostris, cuya dependencia no les quitaba tomar partido, ya por los troyanos, ya á favor de los griegos, segun se lo persuadian ó sus intereses ó sus pasiones. La diosa Juno es la Siria, llamada *Blanca*, la cual se caracteriza en los *blancos brazos* de Juno, que pondera Homero. Minerva es la sábia Egipto. Marte es una liga de la Armenia, la Colquida, Tracia y Tesalia. A este modo discurre en otras fábulas. A tan extrañas paradojas conduce tal vez la pasion por los sistemas de mucha amplitud.

Pero aunque no admito el sistema del señor Bianchini, cuyo complejo es imposible ajustar sin caer en grandes absurdos, convengo, siguiendo algunos doctos en la bella literatura, en que una buena parte de las fábulas viene á constituir una especie de deformacion de la historia profana, en que la alteracion no es tanta, que no hayan quedado en la copia infiel rasgos bastantes

para conocer el original. Señalaré á vuestra merced en esta carta los ejemplos que me fueren ocurriendo.

Es sumamente verisímil que algunos de los dioses subalternos fueron formados sobre la idea, que quedó en los pueblos, de algunos personajes insignes, ó ya por sus virtudes heroicas, ó ya por inventores de algunas artes muy útiles al mundo. Así dice Plinio, en el capítulo 1 del libro xxv: *At herculé, singula quosdam inventa Deorum numero addidere.*

Saturno, devorando sus hijos, representa, segun monsieur Rollin, en la *Historia de los cartagineses*, á un rey de Cartago, que inmoló sus hijos á los dioses, y concuerda con él en lo substancial monsieur Bonamy, en la *Historia de la Academia Real de Inscripciones*, tomo vii, página 29. Pero, como se verá abajo, es mucho más probable que el fabuloso Saturno del gentilismo se forjó sobre el verdadero Abraham de la Escritura.

Los cretenses, que tenían á Júpiter por compatriota suyo, y áun en tiempo de Luciano, segun parece por este autor en el diálogo de *Júpiter trágico*, mostraban su sepulcro en aquella isla, pues le juzgaban muerto, sin duda tenían por tradicion que habia sido algun hombre insigne, acaso rey de aquella tierra.

En la ficcion de la laguna Estigia y el barquero Caron se mezclaron la historia natural y la civil. Hay en la Arcadia una laguna, que no sólo se llamaba Estigia cuando los poetas empezaron á hacerla famosa con sus invenciones, mas muchos siglos despues conservó este nombre, pues áun en tiempo de Plinio le tenía, y no sé si áun hoy le tiene, con alguna alteracion. La mortífera calidad de sus aguas dió ocasion á los pretas para fingir infernales, ó colocar en la region de los muertos, así á la laguna como al rio de que se forma. Plinio dice que su agua, bebida, mata al momento, añadiendo, de autoridad de Teofrasto, que se engendran en ella unos pequeños peces, cuya comida tambien es venenosa. Facultad tan inmensamente corrosiva le atribuyen algunos otros autores antiguos, que no se puede conservar en algun vaso, de cualquier materia que sea, porque todos los roe y deshace, á excepcion del que se forma de la uña del asno silvestre (de caballo simplemente dicen algunos), y los émulos de Aristóteles fingieron que él reveló este secreto á Antipatro, porque pudiese enviar á Babilonia esta agua venenosa, y matar con ella á Alejandro.

El abad Fourmont, que pocos años há (los de 29 y 30) hizo de órden del rey Cristianísimo, un viaje literario en Levante, y examinó con la mayor exactitud toda la Grecia, registró cuidadosamente la laguna Estigia, despues de haber pasado un arroyo, de cuyas aguas se forma. La descripcion que hace de ella es horrible. La agua del arroyo es clara; pero degenera tanto en entrando en la laguna (alteracion que debe atribuirse á las malas calidades y materias del suelo ó terreno de ella), que no hay cosa más odiosa á la vista en toda la naturaleza. Presenta en la superficie una confusa mezcla de los colores más desapacibles y tediosos. Un moho espeso, del color de orin de cobre, taraceado de negro, sobrenada en ella, moviéndose al arbitrio de los vientos, y formando borbollones como de betun y brea. No es ménos funesta la actividad de las aguas,

que ingrato el aspecto. Los vapores que se elevan de ellas marchitan todas las plantas que circundan la laguna, y todos los brutos huyen de sus orillas. Una circunstancia que refiere el abad Fourmont falsifica lo que dejó escrito Teofrasto, de que sus peces comidos son venenosos, pues dice que ningun pez puede vivir en aquellas aguas; pero esto las deja en tan mala ó acaso peor condicion, pues son mortíferas para los mismos peces.

Siendo por tantos capítulos horroroso y funesto aquel lago, no hay que extrañar que la fantasía poética hallase en sus circunstancias motivo suficiente para colocarle en la region del horror ó á la entrada de ella.

La fábula del barquero Caron, que por la Estigia conducia las almas de los muertos, recibiendo un óbolo (moneda ateniense, segun Nebrija, que valia como seis maravedis nuestros) de cada una, por el transporte, fué derivada de una historia egipciaca, referida por Diodoro Siculo. Habia en Egipto un lago donde embarcaban los cadáveres, despues de embalsamados, para darles sepultura en la opuesta orilla, y habia jueces señalados para examinar el modo de vivir que habian tenido los difuntos, y pronunciar, conforme á él, si eran dignos ó indignos de sepultura; ministerio que ejercian con tanta severidad, que á algunos cadáveres reales se negó este comun honor. Añádase á esta historia una tradicion, que el citado abad Fourmont dice dura aún en aquella parte de Egipto, y es, que hubo un tirano, administrador de rentas de uno de los Faraones, el cual estableció sobre este transporte una especie de tributo, que le produjo grandes riquezas. Ve aquí en el Egipto y Grecia hallados materiales verdaderos para la fábula de la laguna infernal, la barca conducidora de los muertos al abismo, y el avaro barquero Caron.

El rio infernal *Lethe* ó *Leteo*, cuyas aguas, segun la fábula, son obligados á beber los muertos para perder la memoria de cuanto han visto ó sabido en la region de los vivos, es tambien originario de la África, como la barca de Caron. Nace este rio cerca de la grande Sirta; y metiéndose debajo de tierra, por donde corre oculto algunas millas, vuelve á la luz cerca de la ciudad de Berenica (hoy Bernich ó Bernicho), pero muy engruesado de caudal, por haber recibido muchas aguas en los senos subterráneos; lo que ocasionando la aprension de que no es el mismo rio que ántes se habia visto sepultarse, dió lugar á la ficcion de que sale del infierno.

Tuvo tambien en la antigüedad el nombre de *Lethe* el rio llamado hoy *Limia*, que corre por mi país natalicio, y de quien era persuasion comun entre los romanos, que tenía la misma propiedad que los poetas atribuian al rio infernal, de hacer olvidar de todo, no sólo á los que bebían su agua, mas tambien á los que le vadeaban, en que es incierto si este error, preconcebido en órden al rio *Lethe* de mi tierra, originó la ficcion de el rio *Lethe* del infierno, ó si estando ántes establecida la fábula del rio *Lethe* del infierno, y de su propiedad de infundir olvido de todo, sabiendo despues que habia un rio del mismo nombre en aquella parte de Galicia, por un trastorno ó mala adjetivacion de ideas, que es muy frecuente en el vulgo, se excitó y extendió la

imaginacion de que el rio *Lethe* de Galicia tenía aquella propiedad.

Como quiera, esta opinion estaba tan entablada en el vulgo de los romanos, que cuando el cónsul Décimo Bruto, como le llama Floro, ó Aulo Bruto, como le nombra Veleyo Paterculo, que fué el que conquistó á Galicia, y por esta conquista adquirió el renombre de *Gallego*, hubo de pasar aquel rio, ninguno de sus soldados, temiendo incurrir aquel general olvido, se atrevió á vadearle, hasta que el Cénsul, que no estaba preocupado de aquel vulgar error, pasó á la otra orilla, y llamando á algunos por sus nombres, les dió á conocer que no padecia el olvido que ellos temian. *Formidatum romanis flumen oblivionis*, dice Floro.

El cuento de Dédalo, su fuga mediante la invencion de las alas por haber facilitado á Pasifae el abominable comercio con un toro, reducido á la historia, no es más que haberse enamorado aquella reina de un hombre llamado Tauro, el cual, segun Plutarco, era uno de los principales jefes de las tropas de Minos; haber concurrido Dédalo con uno de los medios ordinarios, que se practican en semejantes casos, al logro de sus amores; y, en fin, haber huido éste de la cólera de Minos en un bajel con velas, que con bastante propiedad se pueden llamar alas, las cuales, ó inventó entónces, apurado el entendimiento del conflicto, ó ya tenía formada ántes la idea, y entónces la puso en ejecucion.

Las quiméricas hazañas de Jason y robo del vellocino de oro explica históricamente el célebre Samuel Bochart por medio de la inteligencia que tenía de la lengua fenicia, descubriendo que algunas voces equívocas de aquel idioma dieron ocasion á la fábrica de esta portentosa fábula. La voz siríaca *gaza*, en la lengua fenicia significa igualmente un tesoro que un vellocino; la voz *saur*, que significa una muralla, designa tambien un toro, y la voz *nachas* es comun para significar dragon y huerro. Así, en vez de decir que Jason, rompiendo ó avanzando una muralla defendida con gente armada, habia robado el tesoro del rey de la Colquida, se supuso haber domado los toros que respiraban fuego, y el espantoso dragon que era guarda del vellocino, para apoderarse de él. Ni el amor de Medea y fuga con Jason tienen nada de extraordinario, para que Juno y Minerva interviniesen en esta aventura, bastando para ella una pasion tan natural, acompañada de alguna resolucion.

Los centauros, medio hombres y medio caballos, que hacen un gran papel en la mitología, no fueron otra cosa, segun buenos autores, que algunos habitantes de Tesalia (en aquella region colocaron los poetas á los centauros, y de ella dicen, que los arrojó Hércules), los cuales inventaron el uso de los caballos para el ministerio de la guerra.

Las arpias no fueron otra cosa (quién lo pensará!) que una gran plaga de langosta, que desoló la Páflagonia, cuando reinaba en ella Fineo. En Moreri, verbo *harpies*, se pueden ver las pruebas de esto, que omito por estar tan vulgarizado el *Diccionario histórico* de este autor.

Del mismo modo se pueden explicar cómodamente por la historia profana otras muchas partes de la mito-

logía; como la fábula de Perseo, la de Belerofonte, la de las Hespéridas, la de las Gorgonas, y otras muchas. Pero no es esta materia de tanta importancia, que pueda mover á detenerme más en ella.

Confieso, que tambien algunas partes de la historia mitológica se explican oportunamente por la sagrada, como los mismos que han abrazado el sistema general de reducir aquella á ésta han probado muy bien; aunque esto mismo ha ocasionado su error, discurriendo incongruamente de la parte al todo. No obstante que este sea un asunto tan batido, un ejemplo solo propondré, en que se ve una conformidad de muy especial individuación entre una deidad del gentilismo y un personaje grande de la escritura. Ésta es la copia, que prometí arriba, de el padre de los creyentes, en el más anciano de los dioses, de Abrahan en Saturno. No me debe á mí el lector este hermoso paralelo, sino al abad Boisi, miembro de la academia real de Inscripciones y Bellas Letras, quien le propuso en aquella famosa junta, y yo le trasladé aquí con sus mismas voces, como se hallan en el primer tomo de la historia de dicha academia.

«Saturno, dice, fué quien, según poetas y historiadores, introdujo la detestable costumbre de sacrificar víctimas humanas. El Saturno de los paganos es, á juicio de los mejores críticos, el Abrahan de la Escritura. Pone, al parecer, la cosa fuera de toda duda un fragmento de Sanchoniaton, que trae Eusebio, y es como se sigue. Saturno, que los fenicios llaman *Israel*, fué colocado, después de su muerte, en la clase de los dioses, debajo de el nombre de el astro, que aún ahora se llama *Saturno*. En el tiempo que este príncipe reinaba en Fenicia tuvo de una ninfa llamada *Anobret*, un hijo único, que llamó *Jeud*, voz, que aún hoy significa entre los fenicios *hijo único*. Hallándose empeñado su país en una guerra peligrosa, adornó al hijo con vestiduras y insignias reales, y le sacrificó en un altar, que él mismo había construido. En otro fragmento de el mismo Sanchoniaton se halla, que este mismo Saturno se circuncidó, y obligó á todos los de su familia á hacer lo mismo. Nicolás Damasceno, Justino y otros autores dan á Abrahan la cualidad de rey. Aun la Escritura nota, que hizo alianzas y trató como igual algunos reyes; fuera de que, los patriarcas tenían enteramente la autoridad régia en su familia. Beroso, en Josefo, añade, que Abrahan tenía gran conocimiento de la astronomía; y Eupolemo, en Eusebio, le hace inventor de la ciencia de los caldeos. Nada más es menester para persuadirse á que los fenicios se moviesen á colocarle entre los dioses y entre los astros. Llamábanle *Israel*, ó ya porque confundieron el abuelo con el nieto, ó ya porque le dieron el nombre de el pueblo, que se derivó de él. El nombre de *Jeud*, su hijo único, es el mismo, que el de *Isaac*. *Anobret* significa, según la advertencia de Bochart, *ex gratia concipiens*; y la aplicación de este nombre á Sara es manifiesta (1). En fin, por último rasgo de conformidad, Saturno se circuncidó, y obligó á todos sus domésticos á circuncidarse, circunstancia notable, que conviene únicamente á Abrahan.» Hasta aquí el citado autor.

(1) Como nada sé de las lenguas orientales, ignoro en qué se funda la conformidad ó identidad de uno y otro nombre.

Lo mismo que de los dos sistemas, que reducen todas las ficciones del paganismo, uno á la historia sagrada, otro á la profana, digo de los demas. En todos, exceptuando uno solo, hay algo de verdad; y todos, en cuanto á la *generalidad*, son falsos. El padre Kircher quiso que todas las fábulas tuviesen su origen en la lengua ó escritura geroglífica de los egipcios. Para esto era menester, que todas naciesen en Egipto, lo cual está muy lejos de ser verdad. Pero como aquel reino hizo en la antigüedad una gran figura en el mundo, y fué especialmente venerado como metrópoli de las ciencias, es bien verisímil, que sus misteriosas expresiones, mal entendidas ó nada entendidas de el vulgo, diesen ocasion á algunas narraciones mitológicas.

Bochart pretendió explicarlas todas por los equívocos de la lengua fenicia, y en algunas lo logró con felicidad, como en el ejemplo, que arriba propusimos, de la fábula del vellocino de oro. Pero el sistema general es absurdo, aun cuando no hubiera contra él otra cosa, que la quimera de que haya sido patria de todas las fábulas la Fenicia; para lo cual era menester, que todas las historias, que se depravaron con las ficciones, no llegasen á todos los demas reinos sino por escritos fenicios.

Los platónicos imaginaron, que bajo el velo de las fábulas estuviesen únicamente escondidos documentos y máximas de la filosofía natural, y algo habrá tambien de esto; como en lo que dice Homero, que la aurora es hija de el aire, y lo que otros poetas la atribuyen de guardar las puertas del oriente, y abrirlas cada mañana con sus dedos de rosas, enviando delante los céfiros, para disipar las sombras, se deja ver, que el fondo no es más, que lo que todos saben de aquella primera luz de el día, ántes que el sol parezca en el oriente.

Otros han querido dar sentido moral y político á todas las fábulas, como que sus autores no hayan tenido otro designio en la invención, que envolver en ellas, como en una especie de alegorias, máximas racionales y útiles á la vida humana. Realmente hay algunas, en cuya fábrica parece no se tuvo otra mira, como en la de Faeton, representar los peligros á que se exponen los que emprenden asuntos muy superiores á sus fuerzas; y en la de Nareiso, las extravagancias y ridiculeces de el amor propio. Pero traer todas las fábulas á este intento, es una quimera visible.

Últimamente, los infatuados alquimistas, ó por lo ménos algunos de ellos, han soñado, que las fábulas de que hablamos, contienen enigmáticamente la doctrina de la *piedra filosofal*, esto es, enseñan en tono misterioso todas las operaciones con que se arriba al dichoso término de la transmutación de otros metales en oro. Acaso los ocasionó esa necia aprensión, el hallar en el idioma de su arte, aplicados á los siete metales en que trabajan, los nombres de siete deidades principales del gentilismo, que son los mismos de los siete planetas; como si la aplicación de estos nombres á los metales no fuese posterior muchos siglos á su imposición sobre planetas y deidades. Los primeros alquimistas, que los impulsaron á los metales, no tuvieron otro motivo, que el mismo que los indujo á usar en todos los materiales, operaciones y efectos de su arte, de voces extrañas, dejadas las comunes y recibidas, ya para esconder sus pre-

tendidos secretos, ya para captar el respeto y admiración de el vulgo con la misteriosa magnificencia del estilo; coadyuvando á este designio, en cuanto á la aplicación de los nombres de los planetas á los metales, hallar en el oro y en la plata cierta representación de el color, brillantez y hermosura del sol y de la luna.

Este sistema es, no sólo en el complejo, mas en todas y cualquiera de sus partes, desnudo de todo fundamento, y que no se debe impugnar sino con el desprecio, como todas las demas producciones de la imaginación de los alquimistas.

SOBRE LA MULTITUD DE MILAGROS.

Muy señor mío: He visto la carta de vuestra merced á su amigo don N., en que, después de participarle con grande extensión los muchos milagros, que Dios obra por la intercesión de María Santísima, con los que vienen á implorarla, adorando devotos su sagrada imagen, que se venera en esa iglesia, le intimó, que pase á mí esas noticias, á fin de persuadirme, que los verdaderos milagros no son tan pocos como yo imagino, y como manifiesto en mis escritos. El mal es, que el mismo medio, que vuestra merced toma para la persuasión, me la hace más difícil. Aquí tiene lugar el axioma escolástico, que *argumento que prueba mucho, nada prueba*. Páreceme, que el más crédulo podrá entrar en alguna desconfianza de la atestación de vuestra merced á vista de la multitud de milagros, que amontona. Ni es esto impugnar la veracidad de vuestra merced, sino su crisis. Convendré en los hechos enunciados; esto es, en las muchas curaciones que vuestra merced refiere, pero suponiéndolas, ó todas, ó por la mayor parte, naturales, no milagrosas, como vuestra merced pretende. Pensar que todos los que convalecen de sus dolencias, después de implorar á su favor la intercesión de nuestra Señora ú de cualquier otro santo, sanan milagrosamente, es discurrir la Omnipotencia muy pródiga, y la naturaleza muy inepta. La baja opinión, que el vulgo tiene formada de ésta, es muy útil á los médicos; porque, como si nada pudiese el vigor nativo de el cuerpo, donde el médico es llamado, siempre que el enfermo sana se atribuye á la medicina. Á la naturaleza se debe las más veces la victoria, pero al arte se da la gloria de el triunfo. Y ¡oh cuántas veces ésta no hace más que estorbar y descaminar aquella! ¡Cuántas veces los errores de el médico, parciales de la enfermedad, conspiran con ella á la ruina de el enfermo! ¡Cuántas veces por este camino, ó por este descaminado, dolencias veniales se hacen mortales!

De este riesgo carece á la verdad el recurso á la intercesión de los santos, el cual nunca puede ser nocivo; y acaso entonces es más provechoso, cuando por él no se alcanza la convalecencia deseada; siendo muy verisímil, que se aplica á algun bien de el alma aquel ruego, que se buscaba para la salud de el cuerpo, Tambien

Si esta carta no sirviere ni para deleite ni para instrucción de vuestra merced, como yo lo creo, servirá por lo ménos de deprecación para que me absuelva de la censura, que ha fulminado sobre mi discurso del *Divorcio de la historia y la fábula*. Puede bastar para que vuestra merced se aquiete, el que si en aquel discurso debilité entre las dos el vínculo del matrimonio, en esta carta establezco entre ellas, por uno de los costados, el vínculo de parentesco. Nuestro Señor guarde á vuestra merced, etc.

se logra ésta algunas veces; pero pensar, que siempre que se logra, se logra por este medio, es un exceso de la piedad, que pica en superstición. Lo mismo digo de la multitud de milagros, que el indiscreto vulgo sueña sobre otros asuntos.

Pero quién es culpado en este error? ¿El vulgo mismo? No por cierto; sino los que teniendo obligación á desengañar el vulgo, no sólo le dejan en su vana aprensión, mas tal vez son autores de el engaño: *Pastores eorum seduxerunt eos*. (JEREM., 50.) ¡Cuántos párrocos, por interesarse en dar fama de milagrosa á alguna imagen de la iglesia, le atribuyen milagros, que no ha habido (!) No es mi ánimo comprender á vuestra merced en esta inectiva, porque tengo noticia de su desinterés y buena fe. Mas no por eso le eximo de toda culpa, pues debiera tener presente, para su observancia, la sabia disposición de el santo concilio de Trento, que manda no admitir milagro nuevo alguno, sin preceder exámen y aprobación de el obispo: *Nulla etiam admittenda esse nova miracula... nisi eodem recognoscente et approbante episcopo*. (Sess. xxv, título *De invocatione et veneratione*, etc.)

Dirá vuestra merced que tampoco otros infinitos, ya pastores, ya no pastores, esperan la aprobación de el obispo para creer, preconizar y campanear nuevos milagros, y que apenas ha visto hasta ahora poner en práctica la regla establecida por el concilio en orden á este punto. Creo que en esto dirá vuestra merced verdad. Pero de esta verdad me lastimo yo, y me he lastimado siempre mucho; porque de la inobservancia de aquella regla toman ocasion los herejes para hacer mofa de los milagros, que califican la verdad de nuestra religion. Como son muchos los que siendo imaginarios se publican como verdaderos, ó por un vil interés, ó por una indiscreta piedad, ellos pudieron asegurarse de la falsedad de algunos, y de aquí pasan á la desconfianza de

(*) Todavía en 1855 se les antojó á ciertos sugetos hacer sudar á un crucifijo en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid. Puestas de acuerdo ambas autoridades, hicieron sudar á los inventores del milagro; quitando la gana á otros de meterse á empresarios de embustes. (V. F.)